

La frazada

El Nacional.

Cuando doña Rudecinda dejó este mundo, el ranchito quedó vacío y oscuro para su Juan. "Váyase a Caracas –le recomendó al despedirse– y vea a nuestro hijo, que Cipriano es mu bueno y le ha de cuidar"... Juan dió cristiana sepultura a su mujer, lloró sobre su tumba, y cuando llevaba algunos días sin comer recordó su consejo: "Váyase a Caracas... Cipriano es mu bueno"... Juan vendió lo vendible, regalo lo demás, excepto una viaja frazada que guardó el último calor del cuerpo de Rudecinda. Caracas quedaba entonces mucho más lejos que hoy, y se dispuso para el viaje como para una expedición. Los vecinos le aprovisionaron de comida y aliento. Y, más abastecido de vituallas que de ánimo, Juan anduvo días y noches por los polvorientos caminos de su tierra en pos de la capital. Los calores del día y el fresco del amanecer sacudieron su cuerpo débil en un calofrío constante, como si el cuerpo vacío estuviera a merced de la temperatura exterior. Juan se olvidó de comer, y le dió por pensar, cosa muy peligrosa cuando se hace sin lucidez. Y así, débil de cuerpo y de espíritu, recibió Cipriano a su anciano padre, a quien no le faltaba sino el macuto...

El hogar pobre de Cipriano no se resintió de una miseria más. Todo se reducía a hacer menores las partes de comida y distribuir por igual los malos humores de los que comparten la escasez. Cipriano y Rosa Amanda hacían lo que podían para ganar. En este quehacer les ayudaba mal que bien Ignacio, el mayor de los chicos, que ya empezó a vender "papeles" por la calle y practicar algunas viciosas costumbres que nacen en el arroyo. Los demás se encargaban de consumir las pobres utilidades. Juanito, Margarita y José eran unos pajaritos que tenían siempre la boca abierta y el cuerpo desnudo. Juan se sumó a esta cuerda de desheredados, unido a ellos por lazos de sangre y fuerzas de necesidad. Y cuando se acostaba sobre el suelo se cubría con su vieja frazada, y acariciándola con ternura se repetía sin cesar: "Váyase a Caracas... Cipriano es mu bueno"... Juan se dormía entre sollozos. A veces despertaba a los niños: "¡Qué te pasa, abuelito!"... "A mí –respondía sobresaltado– no me pasa nada. ¡Duérmanse!". Y el pobre Juan se sentía un poco aliviado de sus penas. Era lo único que le quedaba, el cariño de sus nietos...

– Esto no puede seguir, Cipriano; nadie me quiere fiar...

– Espera, mujer; que yo se lo digo. Pero espera un poco más...

Había algo que el matrimonio venía rumiando desde hacía tiempo. Algo que Cipriano no se atrevía a plantear a su padre. El era el primero en ver la necesidad, pero aún muy necesitados, pobres de solemnidad, nunca se pensó en su casa vivir de la caridad ajena. ¡Qué le respondería su padre si le hiciera tal proposición? No, no, él no se atrevía a tanto. Y sin embargo... A Rosa Amanda le parecía la cosa más natural del mundo: pedir no era robar. De ésto es de lo único que puede uno avergonzarse. Pero Juan no era su padre. Es muy fácil prescindir de los sentimientos de los demás. Rosa

Amanda no tenía padres; eso era una gran ventaja. ¡Qué haría ella en su lugar! ¿Lo mismo? Eso decía ella, pero había que pensar. Sí, sí, había que pensarlo bien... "Espera, mujer; que yo se lo digo"...

Y los días trascurrían tensos, agobiantes, cargados de amenazas; y de celos, en el hogar pobre de Cipriano...

Algo le decía a Juan que él era el objeto de las riñas y pendencias que cada vez con más frecuencia se producían en la casa. Con ese instinto aguzado de los que viven recelando, el bueno de Juan se iba clavando dolorosas espinas de desaires, acritudes y desprecios que desarrollaron lo único que podía nacer de su impotencia: el miedo. Miedo a todo. Miedo a molestar, miedo de estorbar, miedo de consumir, miedo de mostrar su inutilidad... Y ya que no podía reaccionar de otra manera, tomó el camino de aislarse. Redujo su mundo a un rincón de la azotea. Allí le traía sus nietos alguna comida; allí quedaba algunas noches, por miedo a enfrentarse con la mirada de sus hijos. A veces transcurrían días enteros sin ver a nadie más que a sus nietos, sucios y desnutridos, que venían a jugar en la azotea. Y Juan seguía acariciando su frazada, lo único que le seguía perteneciendo a pesar de todas las desgracias...

– ¡Padre! ¡Padre!...

Ya se había hecho de noche. Cipriano subió a la azotea y encontró al anciano recostado contra el muro, cubierto con la vieja frazada que recibió el último aliento de su madre.

– Padre, quiero hablarle de algo...

Cobarde para mirar en los ojos a su padre, a Cipriano le fué fácil decírselo al amparo de la oscuridad. No era vergonzoso pedir, y él estaba en la obligación de ayudarlo. Tenía su mujer, sus hijos, y su jornal no alcanzaba para alimentar todas aquellas bocas. El era su hijo; sabía que tenía obligaciones y siempre trató de cumplirlas. Pero no podía más, debía comprenderlo así...

El pobre Juan no opuso reparos. ¡Claro que lo sabía!...

– Si, hijo, yo comprendo... Y ¿cómo se hace para pedir?...

Era muy fácil. No había más que mover a piedad a los transeúntes. Además, era cómodo. Podía llevar su frazada y sentarse en cualquier esquina de la ciudad. Lo demás era pura costumbre... Y podía ganar así más que él trabajando... Ignacio podía enseñarle los mejores sitios para pedir, y hasta podía acompañarle en los lugares que él vendía los periódicos.

El anciano no pegó ojo durante toda la noche. Se le subía la sangre al rostro cada vez que se veía pidiendo limosna en un rincón cualquiera de la ciudad. Pensó en Rudecinda, y le aliviaba pensar que podía morir de vergüenza de un momento a otro. Y seguía acariciando su frazada, el único testigo de las últimas palabras de su compañera: "Váyase a Caracas... él le ha de cuidar"... La noche se le hizo corta. El, que siempre temía a la noche, tuvo horror de la claridad del nuevo día. Temblaba como el reo que va a ser ajusticiado al alba, y pedía a Dios fuerzas para exponerse a la vergüenza pública.

Con la luz, se despertaron los mil rumores de la mañana. Ruido de cacharros, voces destempladas, toses, lloriqueos de los niños, que pedían su desayuno. El estuvo listo pronto. Apenas si probó bocado...

– Bueno –dijo Ignacio a su padre– entonces tengo que enseñarle sitio al abuelo...

– Tú sabes dónde hay un buen lugar... en la plaza, donde pase gente... ¡Ah!, y que lleve su frazada, puede llover...

– Padre –repuso Ignacio– ¿por qué no te quedas tú con media frazada?...

– ¿Para qué?

– Para poder dártela cuando también seas viejo...

Juan no fué ese día a pedir. Ni otro día, ni otro. Cipriano se opuso a ello. Y para el anciano fué menos dura la vida en casa de su hijo. Mientras vivió siguió acariciando su frazada y recordando: "Váyase a Caracas, y vea a nuestro hijo, que Cipriano es bueno y le ha de cuidar"...